



COMUNICAÇÃO MIDIÁTICA.

ISSN: 2236-8000

v.20, n.2, p.211-228, jul.-dez. 2025

The handmaid's tale: reflejo de una distopía en la situación mundial actual

The handmaid's tale: reflexo de uma distopia na situação mundial atual

The handmaid's tale: a reflection of a dystopia in the current global situation

Jorge Sánchez-CARRIÓN

Máster en Creación Audiovisual y Artes Escénicas. Becario
colaborador del Departamento de Comunicación
Audiovisual y Publicidad de la Universidad de Málaga,
España.

E-mail: jorgesanchezcarrión@uma.es

Enviado em: 3 dez. 2025

Aceito em: 22 dez. 2025

RESUMEN

La serie *El cuento de la criada* (*The handmaid's tale*, Hulu, 2014-2024) es una adaptación televisiva de la novela creada por Margaret Atwood (1985) donde se expone una distopía en la que las mujeres son despojadas de sus derechos y reducidas a funciones reproductivas. El presente artículo analiza esta obra, tanto en su versión televisiva como literaria, para mostrar cómo se vincula con problemáticas actuales como el avance de ideologías autoritarias, la manipulación del lenguaje y el retroceso de derechos de las mujeres y otros colectivos. A través de un enfoque cualitativo, el estudio destaca que el estado de Gilead opera como metáfora de tensiones contemporáneas derivadas del neoliberalismo, la posverdad y los discursos ultraconservadores. Además, subraya el papel de la serie en la visibilización de injusticias y en la construcción de símbolos de protesta adoptados por movimientos feministas. Por este motivo, la obra se presenta como una advertencia frente a la pérdida de libertades y derechos humanos.

Palabras clave: Derechos humanos; Igualdad de género; Totalitarismo.

RESUMO

A série O conto da aia (*The handmaid's tale*, Hulu, 2014-2024) é uma adaptação televisiva do romance de Margaret Atwood (1985), que apresenta uma distopia na qual as mulheres são despojadas de seus direitos e reduzidas a funções reprodutivas. O presente artigo analisa essa obra, tanto em sua versão televisiva quanto literária, para mostrar como ela se relaciona com problemáticas atuais, como o avanço de ideologias autoritárias, a manipulação da linguagem e o retrocesso dos direitos das mulheres e de outros grupos sociais. A partir de uma abordagem qualitativa, o estudo destaca que o Estado de Gilead opera como metáfora das tensões contemporâneas derivadas do neoliberalismo, da pós-verdade e dos discursos ultraconservadores. Além disso, sublinha o papel da série na visibilização de injustiças e na construção de símbolos de protesto adotados pelos movimentos feministas. Por esse motivo, a obra se apresenta como um alerta diante da perda de liberdades e direitos humanos.

Palavras-chave: Direitos humanos; Igualdade de gênero; Totalitarismo.

ABSTRACT

The handmaid's tale (Hulu, 2014-2024) is a television adaptation of Margaret Atwood's 1985 novel, portraying a dystopia in which women are stripped of their rights and reduced to reproductive functions. This paper analyzes the work—both its television and literary versions—to show how it relates to current issues such as the rise of authoritarian ideologies, language manipulation, and the rollback of women's and other groups' rights. Using a qualitative approach, the study highlights how the state of Gilead operates as a metaphor for contemporary tensions derived from neoliberalism, post-truth politics, and ultraconservative discourses. It also emphasizes the role of the series in exposing social injustices and in shaping protest symbols adopted by feminist movements. For this reason, the work stands as a warning against the loss of freedoms and human rights.

Keywords: Human rights; Gender equality; Totalitarianism.

Introducción

El arte, ya sea a través de la literatura, el cine o la ficción televisiva, entre otros, es y ha sido una herramienta con la que poder reflejar y cuestionar la realidad en cada momento de la historia. Desde la antigüedad, las creaciones artísticas han buscado entender, denunciar injusticias, transmitir ideas y advertir de los posibles riesgos que enfrentan las sociedades humanas. En épocas de crisis, este —el arte— se convierte en un espejo deformante y, a la vez, revelador, puesto que muestra mensajes que se ocultan bajo ciertos discursos de poder y abre caminos para imaginar futuros posibles, ya sea de forma utópica o distópica.

Actualmente, nos encontramos en un contexto mundial muy complejo, incierto y de alta tensión, donde los avances del neoliberalismo han modificado las estructuras sociales, económicas y culturales profundamente. Esto ha provocado una serie de desigualdades que se han visto reflejadas en el retroceso de muchos de los aspectos que se habían conseguido —como en los derechos de las mujeres y en el colectivo LGTBIQA+—, debilitando los mecanismos de protección social y promoviendo el individualismo en las sociedades democráticas (Abad Gutiérrez, 2019). A ello se le suma la consolidación de un nuevo escenario político marcado por la posverdad, donde la manipulación mediática, las *fake news* y la desinformación a través de los medios de comunicación convencionales y las redes sociales operan como tácticas de control de masas (Zarralanga, 2019).

Es de esta forma donde proliferan movimientos populistas y extremistas propios de la ideología de derechas. Durante los últimos años, cada vez son más los partidos conservadores quienes gobernan en diferentes países de Europa, como lo son en el caso de Italia, Hungría o Polonia, entre otros. El conservadurismo apela a discursos de un pasado glorioso y seguro en contraste con la inseguridad de un presente caótico e incontrolable. Un ejemplo de esto fue el Brexit llevado a cabo en Reino Unido en el año 2020 por el Partido Conservador liderado por Boris Johnson, donde se presentó una oportunidad de recuperar la soberanía y regresar a la grandeza de un “imperio perdido”, con el que alejarse del multilateralismo europeo (Pereira *et al.*, 2018). Este recurso a la nostalgia nacionalista no es inocente, puesto que constituye un mecanismo de manipulación que romantiza el pasado y lo convierte en una promesa de futuro idealizado (Yona, 2021).

De forma similar ha ocurrido en Estados Unidos con el doble ascenso de Donald Trump y su eslogan “Make America Great Again”. Trump, además de apelar a la recuperación de una supuesta edad dorada, buscaba reinstaurar políticas conservadoras y excluyentes bajo la ilusión de un futuro idílico. Según Marín Ramos (2019), “la coyuntura actual tiene demasiado en común con la de entonces (...) una ultraderecha en ascenso que considera al feminismo y la inmigración los responsables de la fragilidad sistémica”. Este tipo de discursos se observan en otros contextos: desde la ultraderecha europea, que ha hecho de la inmigración el enemigo interno y externo por excelencia, hasta las olas conservadoras en América Latina, que resurgen de la mano de líderes populistas con fuerte carga ideológica y religiosa. Como apunta Jiménez-Esclusa (2022), “el resurgimiento de la extrema derecha en Europa y Estados Unidos tiene un fuerte componente religioso cristiano; los mismos movimientos populistas latinoamericanos apelan al sincretismo propio de la región u otras veces inclinándose por versiones protestantes del cristianismo”.

Hace menos de cien años, el continente europeo fue arrasado por la Segunda Guerra Mundial, cuyo origen se encuentra precisamente en el auge de los fascismos y en el uso de la propaganda para señalar culpables y movilizar emociones colectivas. La historia demuestra que los momentos de crisis económica, social y cultural son el terreno perfecto para el crecimiento de ideologías autoritarias, que ofrecen soluciones simples a problemas complejos y, en el proceso, recortan derechos y libertades fundamentales. Hoy, la estrategia se repite: los Estados buscan construir un enemigo común —ya sea el inmigrante, el feminismo, las disidencias sexuales o potencias extranjeras— para aglutinar el miedo de la ciudadanía y desviar la atención de los problemas estructurales que ellos mismos han contribuido a generar, para así proyectar los problemas de la sociedad y proteger el país, y potenciar el nacionalismo (Pereira *et al.*, 2018).

Es en este escenario donde obras como *The handmaid's tale* (*El cuento de la criada*), tanto en su versión literaria como en su adaptación televisiva, cobran una fuerza particular. Más allá de ser una simple ficción, se convierten en advertencias sobre los peligros de ceder terreno ante los discursos que prometen seguridad a costa de derechos (Coveña Mejías *et al.*, 2020). La distopía de Gilead funciona como una metáfora de nuestro presente, lo que nos recuerda que la barbarie no surge de la nada, sino que es el resultado de procesos sociales y políticos que pueden transformarse rápidamente en realidades opresivas.

Desde esta perspectiva, este estudio se centra en el análisis de la novela *El cuento de la criada*, escrita por Margaret Atwood en 1985, y su adaptación televisiva estrenada en 2017,

con el propósito de examinar cómo ambas representan la condición de las mujeres en sociedades contemporáneas y cómo dialogan con problemáticas actuales como el patriarcado, la violencia de género, el fundamentalismo religioso y la represión de los derechos humanos. Tanto la obra literaria como la audiovisual se erigen como ficciones distópicas y como espejos críticos que permiten comprender dinámicas de poder que persisten en el presente.

Este análisis se inscribe en el marco de los estudios de género y la crítica literaria contemporánea (Muñoz González, 2019; Coveña Mejías *et al.*, 2020), campos que han prestado especial atención a la representación de la mujer en la literatura y en los medios (Moreno Trujillo, 2016; Zarralanga, 2019). Dichos estudios permiten situar *El cuento de la criada* dentro de una tradición crítica que examina cómo las narrativas de ficción reflejan y problematizan la realidad social.

Objetivos y metodología

El objetivo principal de este análisis es entender de qué manera la historia de Gilead refleja realidades contemporáneas de opresión, resistencia y lucha por los derechos de las mujeres, para así visibilizar que, aunque se trate de una ficción, los mecanismos de control y sometimiento que describe no son ajenos a la experiencia histórica ni a las tensiones actuales. La hipótesis de este estudio sostiene que *El cuento de la criada*, además de retratar una distopía, constituye una crítica incisiva a las estructuras de poder dominadas por hombres que aún hoy persisten.

Para abordar estos objetivos se adopta una metodología cualitativa, que integra la revisión de la novela de Atwood con el visionado de la serie televisiva y la comparación del panorama histórico actual. Este enfoque permite atender a los aspectos narrativos, simbólicos y estéticos que organizan la representación de la opresión y la resistencia femenina en Gilead. Se consideran tanto el rol que tiene cada personaje en el Estado de Gilead, sus vínculos y sus estrategias de supervivencia —desde el uso del lenguaje y los símbolos hasta la puesta en escena audiovisual—.

La metodología utilizada, además de centrarse en el texto y en las imágenes, se ciñe al contexto en el que se producen y reciben ambas obras. La narración en primera persona de la novela, centrada en el personaje de Offred —Defred en español—, facilita la identificación emocional del lector con la protagonista y muestra de manera íntima lo que supone la pérdida de derechos y de la libertad individual. Como señala Abad Gutiérrez (2019), esta estructura

narrativa hace posible una exploración profunda de la identidad femenina en contextos de sometimiento y, al mismo tiempo, revela las grietas que permiten la resistencia. En cambio, la serie amplía el universo narrativo y multiplica las perspectivas al dar voz a otras mujeres de Gilead, por lo que permite observar distintas formas de opresión y, sobre todo, el valor de la solidaridad femenina como vía de rebelión.

Finalmente, se contempla la evolución histórica del feminismo —y su diálogo con la obra de Atwood— y el contexto geopolítico actual, como son la guerra de Ucrania o el genocidio en Gaza —conflictos que han puesto en evidencia la vulnerabilidad de las mujeres en situaciones de guerra, estableciendo un paralelismo con las criadas de Gilead.

El rol femenino en los productos audiovisuales

Comenzamos con la presentación de resultados apuntando, en primer lugar, que gracias al auge de las plataformas de *streaming*, las producciones audiovisuales —en particular las series— han obtenido una importancia que las diferencia de otros formatos, ya que el público consume historias de manera masiva e inmediata; además de conseguir un acercamiento de discursos críticos a amplias audiencias (Zarralanga, 2019). Frente a los hábitos tradicionales de consumo televisivo, caracterizados por la programación lineal y limitada, las plataformas han transformado las dinámicas de acceso, y así permitir que los contenidos puedan verse en cualquier momento y lugar (Cambra Badii *et al.*, 2018). Según Abad Gutiérrez (2019), “la ficción sirve como reflejo de los cambios políticos, históricos y sociales que experimenta el mundo real”.

Este cambio en los hábitos de consumo y la retroalimentación en redes sociales hace que se produzca un *feedback* entre la sociedad y las series. Esto ha permitido adaptar las series a las preferencias de las personas y, a su vez, los espectadores imitan el contenido de las dichas series en su día a día, como usar ropas similares a la vestimenta de un personaje, la utilización de muletillas, peinados, etc. Además, los creadores de producciones audiovisuales conocen el poder e influencia que estos tienen en la sociedad, por lo que muchos han modificado el papel de las series incorporando nuevas reflexiones.

Hoy en día, las ficciones audiovisuales, además de entretener, visibilizan injusticias sociales que afectan de manera directa a la vida de millones de personas —la violencia de género, el acoso sexual, las dificultades de conciliación entre la vida laboral y familiar, la discriminación hacia la comunidad LGTBIQA+, la marginación de la inmigración o la precariedad laboral, entre otros— (Abad Gutiérrez, 2019; Garrido Ortolá, 2022). De este

modo, la ficción televisiva se ha erigido como un espacio de denuncia y, al mismo tiempo, como una especie de "laboratorio simbólico" en el que se desarrollan debates sociales de gran interés.

Uno de los cambios más relevantes en este terreno es la evolución del rol femenino en la ficción (Marín Ramos, 2019). Durante décadas, según Zarralanga (2019), los personajes femeninos han sido relegadas a personajes secundarios, limitados a roles familiares como "la hija de" o "la esposa de", siempre en función de la identidad masculina. Esta reducción de la mujer a figuras de acompañamiento o soporte reflejaba la desigualdad estructural existente fuera de la pantalla, donde las mujeres tenían restringido su acceso a esferas de poder político, económico y cultural. Sin embargo, en los últimos años se ha producido un viraje hacia la construcción de mujeres protagonistas, con historias propias y con un peso narrativo contundente.

Aun así, esta evolución no está exenta de tensiones, ya que, en muchos casos, la inclusión de mujeres protagonistas se ha realizado de forma forzada o superficial, como estrategia de marketing más que como un verdadero compromiso con la representación igualitaria entre mujeres y hombres. Esto genera la creación de personajes planos y poco realistas que, lejos de cuestionar las dinámicas patriarcales, las reproducen bajo nuevas formas. A pesar de ello, el aumento de representaciones femeninas diversas ha posibilitado una mejor comprensión de los espectadores a los personajes respecto a las distintas situaciones que sufren muchas mujeres gracias a la duración en el tiempo de las series (Marín Ramos, 2019).

Llegados a este punto, vemos cómo el feminismo desempeña un papel fundamental para ello (Abad Gutiérrez, 2019). Las cuatro olas del feminismo se reflejan en la manera en que las ficciones audiovisuales han incorporado nuevas problemáticas en sus producciones, como lo es en el caso de *El cuento de la criada* (Garrido Ortolá, 2022). La primera ola, centrada en la conquista de derechos políticos como el voto, aparece en representaciones que evocan la pérdida de derechos en el régimen de Gilead. La segunda ola, vinculada a la igualdad laboral y a la autonomía sexual, se manifiesta en la historia con el propósito de mostrar cómo las mujeres buscan afirmar su identidad y su libertad frente a la dominación masculina, siendo relegadas a meras máquinas de reproducción. La tercera ola, marcada por la reivindicación de la diversidad étnica, cultural y sexual, se muestra con la representación de personajes femeninos más plurales, alejados del modelo homogéneo, heterosexual y blanco predominante. Finalmente, la cuarta ola, caracterizada por la capacidad de las redes sociales

para movilizar y transnacionalizar las luchas feministas, ha tenido un reflejo directo con esta serie gracias al impacto cultural y la apropiación por colectivos de mujeres en manifestaciones y protestas en distintos países con símbolos de la obra —como el uso de las vestimentas rojas de las criadas en manifestaciones en contra de la reforma del poder judicial en Israel en el año 2023, entre otros—.

Según Garrido Ortolá (2022), las redes sociales han sido un motor fundamental en esta transformación gracias a la utilización de hashtags como #MeToo, #NiUnaMenos o #YoSíTeCreo, que han permitido visibilizar casos de acoso, violaciones y violencia de género a escala global. La relación entre ficción y realidad se vuelve entonces bidireccional, puesto que las series reflejan problemáticas sociales, pero también nutren los discursos feministas al ofrecer símbolos e imágenes que potencian las luchas colectivas.

En este sentido, *El cuento de la criada* dramatiza un mundo distópico en el que las mujeres son reducidas a su capacidad reproductiva y ofrece un símbolo visual poderoso: el traje rojo y la cofia blanca de las criadas. Como ya se ha mencionado, estos elementos se han convertido en iconos de protesta en contextos muy diversos, desde las manifestaciones en contra de las restricciones al derecho al aborto en Estados Unidos hasta las marchas feministas en América Latina y Europa (Muñoz González, 2019). Así, la ficción trasciende la pantalla para convertirse en herramienta política real, capaz de articular resistencias y de denunciar las amenazas que se ciernen sobre los derechos de las mujeres en el presente. Tal y como indica Muñoz González (2019), “la serie *El cuento de la criada* (...) se ha convertido en un éxito de audiencia desde su estreno y ha contribuido a la recuperación de una novela publicada hace más de tres décadas”.

A pesar de ello, las desigualdades de género persisten en la sociedad y en la industria audiovisual. En muchos ámbitos profesionales, los puestos de poder continúan estando ocupados mayoritariamente por hombres, especialmente en sectores vinculados al ejército, la política y la dirección empresarial (Coveña Mejías *et al.*, 2020). Esto limita la representación equitativa de la mujer tanto dentro como fuera de la pantalla.

El género distópico y su paralelismo con la realidad

A finales del siglo XIX y principios del siglo XX surge un nuevo género literario denominado como distopía. Este género distópico se caracteriza por su forma narrativa con el que expresar los miedos, ansiedades y tensiones de las sociedades contemporáneas. Su origen nace de la necesidad de imaginar futuros posibles como advertencias frente a los

peligros latentes en el presente. La distopía, en contraste con la utopía —que representa un orden social idealizado—, se construye como un “no lugar” donde el poder autoritario, la violencia y la desigualdad alcanzan su máxima expresión (Abad Gutiérrez, 2019; Pereira *et al.*, 2018). Estas narraciones muestran lo que ocurre cuando los valores democráticos, la libertad y la justicia corren el riesgo de desaparecer, convirtiendo la ficción en un espejo deformado pero reconocible de la realidad.

Históricamente, las distopías han emergido en momentos de gran incertidumbre social y política, especialmente tras períodos de guerra, crisis económicas o transformaciones tecnológicas radicales (Pereira *et al.*, 2018). Un ejemplo de ello son los horrores que se vivieron a principios del siglo XX debido a la Primera Guerra Mundial y los totalitarismos, que alimentaron obras como *Metrópolis* (1927), que exploraba la alienación industrial y las desigualdades de clase. A mediados de siglo con la Segunda Guerra Mundial y el avance del fascismo inspiraron textos como *1984* de George Orwell (1949), donde el Estado totalitario controla la vida de las personas mediante la vigilancia y la manipulación del lenguaje (Abad Gutiérrez, 2019). En los años sesenta y setenta, en un clima de Guerra Fría y desconfianza hacia las instituciones, surgieron relatos como *La naranja mecánica* (1962), de Anthony Burgess, que advertían sobre el control social y la violencia juvenil. Más recientemente, ya en el siglo XXI, sagas como *Los juegos del hambre* (Suzanne Collins, 2008) o series como *Black Mirror* (Netflix, 2011-) han vuelto a centrar los riesgos de la desigualdad, la manipulación mediática y el impacto de la tecnología de forma deshumanizada.

Según Zygmunt Bauman en su análisis de la *Modernidad líquida*, las tensiones actuales se concentran en tres tendencias que atraviesan las sociedades globales: la búsqueda de comunidad, el ensimismamiento del yo y el abandono de una perspectiva civilizatoria común (Jiménez-Esclusa, 2022). La distopía responde a estas tensiones: muestra sociedades fragmentadas donde la comunidad se impone de manera autoritaria, el yo es anulado por la colectividad y el orden civilizatorio se reduce a una lógica de supervivencia. De esta manera, la distopía se convierte en una herramienta cultural para pensar los efectos de la globalización, el neoliberalismo y las derivas autoritarias de nuestro tiempo.

Hemos de hacer mención a la diferencia entre distopía clásica y distopía crítica para entender la evolución del género. Mientras la distopía clásica —como la de Orwell o Huxley— se centra en denunciar sistemas opresivos cerrados, la distopía crítica —desarrollada sobre todo desde perspectivas feministas y poscoloniales— busca interpelar directamente al presente, y así mostrar cómo las opresiones ya existen y pueden agravarse si

no se combaten (Moreno Trujillo, 2016). En este marco surge la distopía crítica femenina, que se distingue por situar el cuerpo de las mujeres en el centro del conflicto y por evidenciar cómo las estructuras patriarcales utilizan la sexualidad y la reproducción como herramientas de control político (Zarralanga, 2019). En *El cuento de la criada* se muestra a la perfección este subgénero, ya que despliega un universo en el que las mujeres son cosificadas, despojadas de su autonomía y obligadas a cumplir funciones reproductivas bajo un régimen teocrático.

Una de las características más llamativas del género distópico es la ausencia de héroes o heroínas tradicionales. En lugar de personajes con habilidades extraordinarias, las distopías suelen presentar protagonistas comunes que, al enfrentarse a la injusticia, se ven obligados a resistir para conservar la esperanza de transformar su nueva realidad. En este sentido, estos protagonistas luchan por la supervivencia, no frente a monstruos sobrenaturales o amenazas externas —como ocurría en la literatura gótica con figuras como Drácula—, sino frente a la maldad intrínseca del propio ser humano. Mientras que en novelas como *Drácula* (Bram Stoker, 1897) el mal residía en un ente externo a la población que habitaba un castillo aislado, en obras como *El extraño caso del doctor Jekyll y Mr. Hyde* (Robert Louis Stevenson, 1886) el horror emergía del interior del propio individuo, y muestra que la monstruosidad podía ser una faceta de la naturaleza humana.

Esta lógica se prolonga en distopías modernas como *El cuento de la criada*, donde la opresión de Gilead, en lugar de provenir de fuerzas externas, nace de los propios seres humanos que diseñan y sostienen un sistema de violencia institucionalizada. Gilead se convierte así en el castillo de Drácula y, al mismo tiempo, en el reflejo de Hyde, como un espacio construido por hombres, gobernado por hombres y sostenido por la maldad de hombres que justifican sus actos en nombre de la religión y la tradición. Tal y como argumenta Zarralanga (2019), “ahora el enemigo es interior, y hay un miedo global, el pánico a la muerte, a que elementos naturales y medios armamentísticos o tecnológicos acaben con la existencia”.

Margaret Atwood escribió *El cuento de la criada* en 1985, en un contexto marcado por el incremento del conservadurismo de Ronald Reagan en Estados Unidos y de Margaret Thatcher en Reino Unido, así como por el debate sobre los derechos reproductivos durante la segunda ola feminista. Tal y como ha señalado Atwood en repetidas ocasiones, nada de lo narrado en su obra es puramente inventado, puesto que todas las prácticas represivas que aparecen en Gilead tienen precedentes históricos en algún lugar y momento del mundo. *El cuento de la criada* fue adaptada a una película en 1990, pero no tuvo el éxito esperado. Fue en

el año 2017 cuando adquirió una resonancia mundial gracias a la adaptación de la serie televisiva producida por Hulu, en un contexto marcado por el primer triunfo de Donald Trump como presidente de Estados Unidos y por el movimiento *Me Too* (Muñoz González, 2019; Jiménez-Esclusa, 2022). La coincidencia entre el estreno de la serie y el movimiento de las nuevas luchas feministas hizo que *El cuento de la criada* se convirtiera en un fenómeno cultural y político a nivel global, que va más allá de la pantalla para convertirse en un símbolo de protesta.

El estado totalitario de Gilead

La República de Gilead surge tras un golpe de Estado en los Estados Unidos y se establece al amparo de una crisis ambiental y de natalidad, con el fin de instaurar un sistema teocrático, totalitario y militarizado. Yona (2021), indica que “en Gilead impera un régimen teocrático, totalitario y gobernado por varones cis, donde (...) la unidad básica de esta sociedad es una familia heterosexual conformada por el Comandante, su esposa, las “marthas” (...) y una criada”. Como todo Estado totalitario y militar, necesita implantar el miedo en la población haciendo uso de la violencia física —como ejecuciones públicas, mutilaciones o torturas— y el adoctrinamiento, con el fin de controlar el lenguaje y reescribir la historia. Para ello, Gilead cierra los medios de comunicación independientes, elimina la libertad de expresión y persigue a los opositores, todo ello justificándolo bajo la idea de una amenaza tanto externa como interna. Como señala Coveña Mejías *et al.*, (2020), “en la institución militar los modos de dominación, sumisión y sujeción no se reducen en suma al efecto de la obediencia sino también al de la violencia y la protección institucional”.

Los responsables de la crisis no son los fallos estructurales del sistema, sino supuestos “enemigos de la fe” o colectivos considerados “indeseables”: mujeres rebeldes, homosexuales, disidentes políticos, inmigrantes, etc. Siendo esto así, la ultraderecha contemporánea utiliza estrategias similares: culpa al feminismo, a la migración o a la diversidad sexual de la supuesta fragilidad del sistema democrático, y crea discursos populistas haciendo uso de la tergiversación y desinformación para estimular negativamente a la sociedad (Marín Ramos, 2019).

Gilead —presentado como un Estado anacrónico— mira a un pasado tan idealizado como irreal para justificar su existencia y legitimidad —“Make America great again” (Trump)— y asegurar un futuro digno y próspero según el deseo de Dios —con una mentalidad propia del puritanismo de Nueva Inglaterra de los siglos XVII y XVIII— (Abad

Gutiérrez, 2019; Coveña Mejías *et al.*, 2020). Sus dirigentes reinterprestan las escrituras bíblicas de manera sesgada para construir un marco legal que perpetúa el patriarcado. Al igual que otros regímenes totalitarios del siglo XX —desde el nazismo hasta el estalinismo—, Gilead manipula la memoria histórica: selecciona ciertos elementos del pasado y borra aquellos que contradicen su relato para garantizar una imagen nostálgica de un grandioso imperio que antaño fue.

La jerarquización social se organiza en castas, donde los privilegios dependen del género, la función y la fertilidad. Las personas más pudientes y cercanas al poder gozan de ciertos beneficios, mientras que las marginales son sometidas a las condiciones más precarias. La lógica del miedo asegura que incluso aquellos con pequeños privilegios —como las criadas, cuyo único “valor” reside en su fertilidad— se aferren al sistema por temor a perderlo todo.

Es por ello que se utiliza el castigo como una de las herramientas principales de dominación (Cambra Badii *et al.*, 2018). Janine, una de las criadas conocida como Ofwarren —quien recibirá diferentes nombres a lo largo de la historia—, es mutilada y pierde un ojo como castigo por su rebeldía, en un acto que recuerda a las prácticas de mutilación como pena en diversas civilizaciones antiguas y contemporáneas —como son el caso de Irán o Sudán por robo en la actualidad—.

Otra criada llamada Emily —Ofglen— sufre la extirpación del clítoris como castigo por ser homosexual, un procedimiento que tiene un paralelismo con la mutilación genital femenina que aún se practica en algunos países —como en Senegal, India o Jordania, entre otros—. En otro momento de la serie, Serena Joy, esposa del Comandante Waterford, es castigada con la amputación de un dedo por haber propuesto que las mujeres pudieran leer la Biblia —acto totalmente prohibido en Gilead, puesto que las mujeres no tienen derecho a leer ni escribir, ya que solo tienen permitido elaborar tareas domésticas y, las más pudientes, dedicarse a la jardinería—, lo que evidencia que incluso las mujeres situadas en la cúspide del sistema carecen de verdadero poder en Gilead.

Tal y como sucede en la obra de Orwell, 1984, en *El cuento de la criada* se muestra el control del lenguaje como una de las herramientas más efectivas del régimen de Gilead. Las criadas pierden incluso su nombre al pasar a ser designadas según la propiedad de un hombre. Offred, la protagonista, significa literalmente “de Fred”, en referencia al Comandante al que sirve. En la novela nunca se revela su nombre verdadero, aunque en la serie se especifica que se llama June Osborne. Esto refleja la importancia de la memoria y la resistencia frente a la

anulación de la identidad. Además, con la manipulación del lenguaje se refuerza la imposibilidad de pensar fuera del marco impuesto (Moreno Trujillo, 2016). Si no existen palabras para nombrar la libertad o la justicia, resulta mucho más difícil imaginar su existencia. Gilead convierte incluso los saludos cotidianos en fórmulas religiosas obligatorias, como “Bendito sea el fruto”, con el que se crea una atmósfera en la que lo sagrado se integra en todos los ámbitos de la vida.

Otro factor importante en Gilead es la negación absoluta de la Declaración Universal de los Derechos Humanos (Abad Gutiérrez, 2019). Se prohíbe la libertad de expresión, de movimiento, de pensamiento, de culto, de asociación, y se persigue cualquier forma de diversidad sexual o política. Rechazan la tecnología o incluso se utiliza como herramienta de control. En este sentido, la lógica de Gilead recuerda a las persecuciones contra mencheviques o judíos en Europa, así como a las violencias contemporáneas como el genocidio en Gaza o la represión de las minorías.

Gilead fundamenta sus normas en una reinterpretación bíblica de los “Hijos de Jacob”, inspirados en la historia de Raquel, Jacob y sus concubinas. En este relato, Raquel —esposa de Jacob—, al no poder concebir, ofrece a su sierva Bilha para que tenga hijos en su nombre. Gilead convierte este pasaje en fundamento de su sistema de reproducción forzada, con el que justifica la esclavitud sexual y la subordinación de las mujeres como mandato divino. De este modo, se observa cómo la religión, además de ser un elemento simbólico, es la base misma de la legalidad. Por ello, aquellas mujeres que no encajan en el sistema —ya sea por esterilidad, rebeldía o condición sexual— son enviadas a las Colonias, territorios contaminados por la radiación tras la guerra del golpe de estado, donde trabajan hasta morir. Estos espacios recuerdan directamente a los campos de concentración nazis, como Auschwitz, y funcionan como recordatorio constante de las consecuencias de la desobediencia. Es de esa manera por la que la vigilancia, el castigo y el terror son instrumentos permanentes en el régimen de Gilead.

Un hecho a tener en cuenta es el orden con el que se sostiene el régimen, gracias a una estricta división de roles entre las mujeres con el que se consigue una diferenciación a simple vista de la posición que ostenta cada mujer en Gilead (Abad Gutiérrez, 2019). Encontramos a:

- Las Esposas: ocupan un lugar privilegiado como compañeras de los Comandantes. Obtienen más poder que cualquier otra mujer, pero realmente son coartadas de

libertad al carecer de autonomía real. Representan la cara respetable del régimen, aunque están también sometidas al patriarcado.

- Las Criadas: mujeres fértiles reducidas a su función reproductiva. Sus cuerpos no les pertenecen, ya que son gestantes al servicio del Estado.
- Las Marthas: mujeres destinadas al trabajo doméstico, con un rol servicial y subordinado.
- Las Tías: mujeres encargadas de adoctrinar a las criadas y garantizar la obediencia, funcionando como brazo ideológico del régimen.

El control del cuerpo de la mujer es el pilar central del Estado, que culmina en un ritual que sucede una vez al mes llamada la Ceremonia, cuando las criadas están en su momento más fértil (Abad Gutiérrez, 2019). Estas son violadas con fines reproductivos bajo la presencia de las esposas, quienes simbolizan la permisividad de la violación y la negación de cualquier vínculo emocional entre madre biológica e hijo. Una vez el bebé ha nacido, pasa a ser posesión de las esposas, y la criada es enviada a un nuevo hogar destinada a repetir el proceso de gestación —esto es, gestación subrogada—. Por eso, el sexo en Gilead es únicamente reproductivo o instrumento de placer masculino (Jiménez-Esclusa, 2022). Muñoz González (2019, p. 79), afirma que “una de las principales objeciones que se puede hacer en contra de la gestación subrogada es que no solo se cosifica el cuerpo de la mujer, al igual que sucede en la prostitución, sino que el tener un bebé genéticamente relacionado con los futuros padres se convierte en «tendencia» y «producto de lujo» para personas con posibles”. Las mujeres no tienen derecho al deseo. De ahí que la mutilación genital se utilice como castigo, y de esa forma asegurarse que las criadas no sientan placer, aunque sí sigan siendo capaces de procrear. Las mujeres estériles, por su parte, son consideradas inútiles y condenadas a morir en las Colonias, aunque esto en ocasiones sea obra de la falta de reconocimiento de los Comandantes a su esterilidad. Según indica Abad Gutiérrez (2019), pensar que un Comandante es estéril es pecado y, por tanto, delito, por lo que, en el caso de que a una mujer le sea imposible quedarse en cinta, toda la culpa recaerá sobre ella.

La serie potencia estos temas a través de un uso simbólico de la estética. El color de las vestimentas marca el rol social: el rojo de las criadas, asociado a la fertilidad y a la sangre; el azul de las esposas, ligado a la Virgen María y a la pureza; el verde de las Marthas, relacionado con lo doméstico; y el marrón de las Tías, que refleja su severidad y rigidez —como el color de los uniformes de los oficiales nazis—.

Un elemento muy importante para conocer el estado anímico de los personajes y sus intenciones en la serie son los recursos cinematográficos: los planos cerrados del rostro de Offred transmiten claustrofobia y tensión; la voz en off conecta con la intimidad de sus pensamientos reprimidos; los espejos, prohibidos a las criadas, funcionan como metáfora de la identidad negada; incluso las flores representan tanto la fertilidad como la fragilidad de la vida bajo el régimen (Moreno Trujillo, 2016; Zarralanga, 2019). Gilead se representa visualmente con colores cálidos y apagados, similar a las imágenes de estilo sepia que evocan al pasado; se hace uso de elementos estéticos de líneas rectas y ordenados en la composición del plano, lo que transmite una imagen de sobriedad, firmeza y respeto por el orden (Cambra Badii *et al.*, 2018). Aun así, Gilead no es el Estado ideal y correcto que afirma ser, pues son los propios dirigentes quienes cometen irregularidades en contra de las leyes del régimen a consecuencia de su abuso de poder, como acudir a burdeles —el *Jezebel*—, las relaciones extramatrimoniales de algunos Comandantes —como la relación forzada entre el Comandante Waterfor y Offred— o el abuso de bienes prohibidos —tales como el alcohol o lectura de literatura considerada impura, entre otros—. Con esto se muestra la hipocresía y corrupción interna dentro de la república.

Conclusiones

La historia de la humanidad se ha narrado mayoritariamente desde una perspectiva masculina. La religión, la política, la literatura y el cine han estado dominados por visiones patriarcales que han invisibilizado o minimizado la experiencia de las mujeres, quienes, durante siglos, tuvieron que firmar sus obras en anonimato o bajo seudónimos masculinos (Marín Ramos, 2019; Coveña Mejías *et al.*, 2020; Garrido Ortolá, 2022; Robles Moreno, 2008). Este sesgo histórico explica por qué los relatos sobre el poder, la resistencia y la justicia han tendido a ignorar la voz de las mujeres. Sin embargo, gracias al feminismo estamos observando un cambio en la actualidad: las series y producciones audiovisuales, con protagonistas femeninas y un marcado enfoque feminista, se han convertido en figuras clave para cuestionar las estructuras de dominación y proponer nuevas formas de mirar el mundo.

Gracias a la serie de *El cuento de la criada* publicada en el año 2017, se ha recuperado una obra literaria fundamental de hace más de treinta años. Esta obra recuerda que la opresión no es un fantasma del pasado, sino una amenaza constante que puede resurgir bajo distintas formas. Utilizando como escenario la República de Gilead, vemos cómo esta funciona como advertencia y metáfora: muestra cómo el patriarcado, la religión

malinterpretada y el autoritarismo pueden combinarse para crear un sistema totalitario en el que la libertad individual desaparece y el cuerpo de las mujeres se convierte en propiedad del Estado.

A pesar del horror que representa Gilead, esta historia mantiene un rayo de esperanza. El grupo rebelde Mayday, que lucha para acabar con el Estado de Gilead; los hijos nacidos antes y durante la implementación del régimen; la memoria de los nombres anteriores a la esclavitud de las criadas; y la tierra prometida de Canadá se presentan como símbolos de resistencia (Yona, 2021). Canadá se muestra en la serie como lugar de salvación para quienes viven presos en Gilead. Aunque no todo es perfecto en el país, debido a que siguen habiendo manifestaciones por la reivindicación de derechos y quejas por el proteccionismo que se les da a quienes huyen de Gilead, Canadá es mejor que nada. Esto puede tener un punto de vista agridulce, pues Canadá refleja un presente imperfecto que, aun así, es mejor que los horrores que habitan en Gilead.

Por ello, la relevancia de *El cuento de la criada* en el contexto actual no puede pasar por alto. En un mundo donde resurgen los discursos autoritarios, donde la extrema derecha gana terreno en Europa y América, donde los derechos de las mujeres y del colectivo LGTBIQA+ se cuestionan abiertamente, y donde los migrantes están en el punto de mira, esta obra se convierte en un recordatorio de lo que está en juego. Las corrupciones, la violencia institucional, las prácticas inhumanas que aún persisten en distintos países, las guerras como la de Ucrania o el genocidio en Gaza y la desigualdad estructural muestran que los horrores que suceden Gilead no son solo ficción, son también realidades que, desafortunadamente, seguimos viviendo.

De ahí que el arte, en cualquiera de sus formas, se muestre como una fuerte herramienta de concienciación. La novela y la serie han generado un impacto social que trasciende la pantalla y se han convertido en símbolos de resistencia en manifestaciones feministas y en debates políticos sobre derechos reproductivos, de igualdad de género y justicia social. No es posible el cambio social eludiendo el conflicto (Marín Ramos, 2019). La imagen de las criadas vestidas de rojo es ya un emblema de protesta en todo el mundo, una forma de recordar que la libertad nunca está garantizada y que su defensa requiere de una vigilancia constante. Es por eso que *El cuento de la criada*, tal y como dijo su autora, es mucho más que una obra de ficción: es una advertencia, un espejo y un llamado a la acción. La resistencia, la solidaridad y la memoria nos recuerdan que siempre hay esperanza.

REFERENCIAS

- ABAD GUTIÉRREZ, R. Cuando el futuro es pasado. **El cuento de la criada, una distopía televisiva**. Trabajo de fin de máster, Universidad de Valladolid, 2019. Disponible en: <http://uvadoc.uva.es/handle/10324/39281>. Acceso en: 26 jul. 2025.
- CAMBRA BADI, I. A.; MASTANDREA, P. B.; PARAGIS, M. P. El mandato del nacimiento: cuestiones bioéticas y biopolíticas en la serie El cuento de la criada. **Revista de Medicina y Cine**, v.14, n.3, 2018, p.181–191. Disponible en: https://revistas.usal.es/cinco/index.php/medicina_y_cine/article/view/19091. Acceso en: 26 jul. 2025.
- CLEMENTE-FERNÁNDEZ, D. Apropiación y resignificación de El cuento de la criada: de producto audiovisual a recurso en la lucha política feminista. Comunicaciones y Conferencias, UDIT, 2025. Disponible en: https://sciencevalue.udit.es/congresos_conferencias/36/. Acceso en: 12 ago. 2025.
- COVEÑA MEJÍAS, F.; MORALES HORMAZÁBAL, Á. Dispositivos de la masculinidad y la milicia: escenarios posibles en el cuento de la criada. Utopía y **Praxis Latinoamericana**, n.92, 2020, p.140–148. Disponible en: <http://doi.org/10.5281/zenodo.4404427>. Acceso en: 28 jul. 2025.
- GARRIDO ORTOLÁ, A. Reivindicaciones feministas de la cuarta ola: la transnacionalización de la protesta. **Asparkia. Investigació Feminista**, n.40, 2022, p.191–210. Disponible en: <http://dx.doi.org/10.6035/asparkia.6184>. Acceso en: 10 ago. 2025.
- JIMÉNEZ-ESCLUSA, H. Características de la modernidad tardía en El cuento de la criada. **Letras (Lima)**, v.93, n.137, 2022, p.186–198. Disponible en: <https://doi.org/10.30920/letras.93.137.14>. Acceso en: 27 jul. 2025.
- MARÍN RAMOS, E. Abrazar nuestra conflictividad: la lección del feminismo mainstream. **Paradigma**, n.22, 2019, p.42–47. Disponible en: <https://riuma.uma.es/xmlui/bitstream/handle/10630/17691/42%20Marín%20Ramos.pdf?sequence=1>. Acceso en: 27 jul. 2025.
- MEICHTRI QUINTANS, M. El cuento de la criada: psicoanálisis, feminismos y religión. **Ética y Cine Journal**, v.9, n.3, 2019, p.9–11. Disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/7234611.pdf>. Acceso en: 13 ago. 2025.
- MORENO TRUJILLO, M. P. El cuento de la criada, los símbolos y las mujeres en la narración distópica. **Escritos**, v.24, n.52, 2016, p.185–211. Disponible en: <http://dx.doi.org/10.18566/escr.v24n52.a09>. Acceso en: 2 ago. 2025.
- MUÑOZ GONZÁLEZ, E. El cuento de la criada, ¿una distopía actual? **Filanderas**, n.4, 2019, p.77–83. Disponible en: https://doi.org/10.26754/ojs_filanderas/fil.201944084. Acceso en: 27 jul. 2025.
- PEREIRA, V. C.; FERNÁNDEZ-HOLGADO, J. Á.; MÁRQUEZ-DOMÍNGUEZ, C. La distopía como tema emergente en la narrativa del siglo XXI. Estudio de caso:

El cuento de la criada. **Revista Ibérica de Sistemas e Tecnología**, n.16, 2018, p.108–121. Disponible en: <https://www.proquest.com/openview/4f2478ec8823b3171a4b68c32954e518/1?pq-origsite=gscholar&cbl=1006393>. Acceso en: 10 ago. 2025.

ROBLES MORENO, L. Las otras: feminismo, teoría queer y escritoras de literatura fantástica. In: LÓPEZ PELLISA, T.; MORENO SERRANO, F. A. (orgs.). **Ensayos sobre ciencia ficción y literatura fantástica**. Madrid: Universidad Carlos III, 2008. p.615–627.

YONA, Y. V. Democracia, totalitarismo y progreso en El cuento de la criada: ¿un nostálgico cuento acerca de la esperanza? **Debate Feminista**, n.63, 2021, p.30–52. Disponible en: <https://doi.org/10.22201/cieg.2594066xe.2022.63.2315>. Acceso en: 10 ago. 2025.

ZARRALANGA, A. F. **Análisis narrativo audiovisual de una distopía crítica feminista**: El cuento de la criada. Trabajo de fin de grado, Universidad de Zaragoza, 2019. Disponible en: <https://zaguan.unizar.es/record/88849/files/TAZ-TFG-2019-4267.pdf?version=1>. Acceso en: 14 ago. 2025.

BIOGRAFÍA DEL AUTOR

JORGE SÁNCHEZ CARRIÓN

Máster en Creación Audiovisual y Artes Escénicas. Grado en Comunicación Audiovisual. Becario del Programa de Ayudas a la Iniciación a la Investigación en el Departamento de Comunicación Audiovisual y Publicidad de la Universidad de Málaga, España. Operador de cámara en Informativos Telecinco y Noticias Cuatro.

E-mail: jorgesanchezcarrión@uma.es